las gigantescas fábricas y suntuosos palacios de la nueva aristocracia, nos ponen miserables sin número, abyectos y estenuados por el trabajo: nos pintan la clase obrera con síntomas muy alarmantes, y en mucho riesgo de que algun día levante una bandera, que lo destruya todo y lo devore: nos señalan á cada momento á las naciones mas opulentas y adelantadas, para que veamos en ellas que el número de mendigos escede en mucho á las que apenas han principiado en la carrera industrial.

Deploran otros nuestra organizacion social; y nos ponen á la vista las violentas conmociones de las sociedades modernas, cubiertas con las ruinas de sus antiguas costumbres, creencias y cultos derribados. La civilizacion moderna nos la presentan triunfadora en su carro de vapor, dejando tras sí víctimas sin cuento por el camino que recorre. Se pregunta *que hay de nuevo*, por la inseguridad de los principios sociales, y por la agitacion y temor que forzosamente producen tantas empresas temerarias, como ahora se acometen.

Estas declamaciones son estériles y esageradas; no hay que temer tantos males, porque ya se conoce el remedio; no se debe culpar á nuestro siglo, porque el daño es anterior y era necesario.

La nueva filosofía del siglo XVIII elevó su poder sobre la tiranía de los tronos y de la nobleza. Las ideas de mejoramiento, adelantos y reformas habian cundido ya en todos los espíritus, y los preparaban para el día en que arrollaron al fin los abusos del poder, los absurdos privilegios y el imperio de la teocracia. Con esto se arrancaron tambien las mas sublimes creencias y brotó la inmoralidad.

La índole del siglo XVIII tendia mas bien á destruir que á nivelar.

En esta época de reaccion y desconcierto presentó Adam Susiit el sistema industrial, diciendo *que el trabajo es el único manantial de la riqueza*. Entonces, que todas las ideas eran esageradas, el egoísmo y la codicia dominaron los corazones, y producir á toda costa fué ya el único lema. Especuladores atrevidos hicieron fortunas colosales á costa de la

miseria y depravacion de la clase obrera. El materialismo levantó su voz sobre todos los sentimientos de caridad y amor al prójimo.

Todo concurrió al mismo tiempo, y la transicion en vez de ser un vicio fué una necesidad. El edificio social antiguo se derribó por los cimientos, y al desplomarse envolvió en sus ruinas los abusos y las leyes, los privilegios y los derechos, la supersticion y el dogma. La razon se reveló contra la fé y la religion; gobierno, leyes y virtud todo se presentó problemático. Cuando mas arreciaba el huracan nació el siglo XIX, y el nuevo sol empezó á disipar la negra nube que amenazaba á las sociedades modernas.

La escuela socialista dió los primeros pasos para destruir el materialismo. La gran máxima económica por la cual *los progresos de la riqueza solo serán verdaderamente útiles cuando sus beneficios, alcancen á todos los que hayan concurrido á su formacion*, influye favorablemente en la condicion de la clase obrera y la saca de la postracion y el abandono.

Saint Simon, Furrier y Owen dieron despues sistemas de reforma económica interior, proclamando el amor recíproco entre los hombres, y llamándolos hácia el punto en donde todos sus miembros deben unirse y caminar en paz, con orden y con amor al destino comun.

Estas doctrinas aun no bastaban á producir el efecto conveniente, ni cortaban el mal por la raíz.

Pero al fin el puerto está á la vista: la luz del siglo XIX ha disipado ya las tinieblas.

Se ha reconocido que los mayores esfuerzos por adelantar causan un retroceso, cuando no los acompaña un principio de orden, moralidad y justicia.

Se conoce con evidencia la necesidad de entender la educacion moral y religiosa por todas las clases del pueblo, y darles el pasto intelectual al mismo tiempo que el alimento físico.

Se ha comprendido que (a) «el catolicismo, amigo del orden y de la paz, destruye el germen de las pasiones perturbadoras, consue-

(a) *Raymond: catolicismo en las sociedades modernas.*